

La Educación y el Joven Dominicano

Lic. Ivelisse Prats- Ramírez

A principios de siglo, e inspirada en quienes como Rousseau y Pestalozzi habían indicado ya como precursores ese camino, la educación sufrió, a través del enfoque hacia su sujeto, la que Eduardo Claparede definió magistralmente como "una revolución copérmicana".

Del lugar pasivo, recibidor y sumiso en que anteriormente lo colocaba la teoría educativa, el educando salta con brío hasta el centro de la escena, y los sistemas pedagógicos comienzan a querer girar alrededor del alumno, del niño, del joven, nucleando sus hipótesis, métodos de trabajo y objetivos, en torno a la naturaleza, necesidades e intereses del revalorado sujeto activo de la educación: el educando.

La práctica, empero, no siempre ha avalado esta "revolución copérmicana", sobre todo, en los países sub-desarrollados, en los cuales el progreso educativo está supeditado implacablemente a la precariedad de medios económicos y a la subsecuente pobreza del medio cultural.

En efecto, para ayudar al educando a que sea un sujeto que aprenda, que investigue, que razone, que piense, que trabaje, es indispensable disponer de medios auxiliares abundantes, bibliotecas, museos, laboratorios, aulas, talleres, proyectores, terrarios y herbarios, los cuales ofrezcan al niño y al joven instrumentos para su formación.

La ausencia de un profesorado idóneo, en otras ocasiones, es factor que obstaculiza la aplicación del criterio paidocéntrico: educadores sin conocimientos de psicología ni de biología, ignorantes de los mecanismos del aprendizaje, siguen considerando su misión como una simple transmisión de informaciones, donde el alumno sólo debe aportar la atención y la obediencia.

En estas condiciones, es imposible que se establezca en la relación educador-educando el buen "rapport" indispensable para conducir la formación de este último.

La imprecisión al determinar los fines educativos impide también situar al educando como protagonista de esa "gran aventura humana" que según Kant es la educación. Sin objetivos bien caracterizados, conscientemente perseguidos por maestro y alumno, el joven no se motiva en su proceso formativo y por tanto no pone en juego voluntad ni intereses para la consecución de fines que no entiende ni valora.

Sin objetivos definidos, sin medios auxiliares apropiados, sin profesorado capaz, se continúa tratando en muchas partes al educando como "materia prima" de un arte mecánico y no como el ser dinámico, actor, actuante y reaccionante que es en verdad.

La República Dominicana no trasciende, por razones socio-económicas obvias, este esquema de la mayoría de los países subdesarrollados en materia de educación: objetivos anacrónicos, como el que puede leerse, limitativo y tradicionalista, en nuestra vetusta Ley Orgánica de Educación; carencia de escuelas bien o mal equipadas, y 8710 maestros empíricos sin títulos ni estudios profesionales en servicio.

Si consultamos nuestra pobre historiografía educativa, comprobaremos que a excepción de la obra de algunos espíritus selectos como Hostos, Socorro Sánchez, Anacaona, Moscoso y Salomé Ureña, nuestra crónica escolar se desarrolla al margen del conocimiento y la comprensión hacia el educando, y por ende ha estado jalonada de fracasos, empavesada de mediocridad e inoperante en cuanto a resultados positivos.

Para este simposio, hemos preferido no hacer incursiones al pasado, sino utilizar un criterio sincrónico, para visualizar la educación dominicana en su dimensión actual y en su relación con el educando de *aquí* y de *ahora*.

Como maestra, como madre y como ciudadana, vale decir, como parte terriblemente interesada en el problema, no puedo limitarme al enfoque puramente descriptivo y analizante (harto difícil de efectuar por la falta de investigación previa adecuada), sino que criticaré, con criterios de valor no por subjetivos menos objetivamente fundamentados, y aportaré algunas sugerencias que podrían ser utilizadas como "hipótesis-punto de partida" en el despegue hacia las soluciones de lo que desde ya no vacilo en llamar "el drama de la educación nacional".

Limitaré en su casi totalidad mi enfoque a la educación formal o sistemática, y más bien a la oficial, aunque deberé referirme en ocasiones a la influencia cósmica, ambiental, informal que recibe el educando, por la interrelación absoluta existente entre la escuela y el medio social.

Tal como lo limita el propósito de este simposio, consideraré como sujeto al joven dominicano entre los 13 ó 14 a los 24 años, comprendiendo en esta etapa la adolescencia y la juventud propiamente dicha.

Encontremos a este joven, a este adolescente, a este futuro ciudadano, en sus relaciones con la educación sistemática, la educación que proporciona y controla el Estado a través de sus instituciones escolares.

¿Cuál es el paisaje escolar que se ofrece al joven dominicano cuando sale de la escuela primaria?

Empecemos por advertir que si ese adolescente ha concluido sus estudios primarios, 6 años en nuestro país, podemos situarlo entre los privilegiados de su grupo generacional: las recientes estadísticas ofrecidas en el Prediagnóstico de Unesco ponen de relieve que sólo un 7% de los niños dominicanos que inician estudios primarios llega al 6to grado; por otra parte, tenemos en la República Dominicana, según declaraciones del Señor Presidente Balaguer, 500 mil niños en edad apta que no asisten a escuela alguna, sin contar los analfabetos de más de 15 años, que componen legiones en el país.

La falta de escuelas urbanas y sobre todo rurales, y el hecho de que pocas de las que existen (en la zona urbana, el 80%; en la zona rural, sólo el

11%) llegan a ser completas, es decir, tienen los seis grados, determinan este índice bajísimo de nuestra escolaridad primaria, agravado por el absentismo escolar causado por las infrahumanas condiciones económicas del dominicano medio, que obligan a trabajar al niño desde la edad más inapropiada, abandonando de esa manera el estudio.

Si elegimos a nuestro joven, al sujeto de nuestra charla, dentro de ese dichoso 7% que llega a completar su sexto curso, encontraremos en él posiblemente uno o dos años más de edad de la que corresponde a la media normal para ese grado.

Aunque en el país no se tienen perfiles psicológicos del niño dominicano, el reciente estudio realizado a través de la tipificación de más de diez mil tests en el Departamento de orientación de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, arrojó un buen coeficiente de inteligencia en el muestreo de nuestros estudiantes del Colegio Universitario, jóvenes entre 15 y 20 años: por ende, el superavit en edad de nuestro egresado de primaria debe tener como causa, no factores endógenos, que impiden su natural desarrollo escolar, sino la intermitencia de su asistencia a clases y su subsecuente repetición de cursos, motivadas en su pobreza extrema, y en la falta de un sistema racional de becas y de ayudas que permita al muchacho hijo de campesinos u obreros incorporarse sin apremios a la corriente escolar.

La ausencia de profesores capacitados agrava el problema a nivel primario, como en todos los otros niveles de nuestra educación.

Terminado este 6to año, nuestro joven tiene ante sí dos cursos, llamados intermedios, integrados ya por ley a la Secundaria, pero que de hecho siguen funcionando aparte, como un eslabón perdido, sin saber para qué sirve y qué debe hacer en realidad.

Ni en este período, ni más tarde, en los Liceos Secundarios tradicionales, nuestro muchacho recibe los cuidados de orientación educacional que debían ser intensificados en esta etapa, por las razones de la edad del educando y por la articulación del sistema educativo dominicano, que obligarían a considerar "punto de intensidad" para el quehacer orientador los años que corresponden al ciclo básico de la escuela media. (Recomendado por Pío Rodríguez en una reunión de la Secretaría).

Ni existen en el país orientadores preparados en cantidad suficiente, ni la comunidad y los organismos dirigentes se han motivado aún acerca de la importancia de la orientación escolar científica, pese a los meritorios esfuerzos que realiza la Comisión Nacional de Orientación.

De una "intermedia" desconcertada y desconcertante, egresa sólo un 3.3% de los dominicanos que ingresan a la primaria: de 1956 a 1963, 234,790 alumnos que iniciaron 1er. curso arrojaron un balance de 5741 promovidos en 8o curso. Las exclamaciones y subrayados sobran: la proporción numérica, en este caso es más elocuente que todas mis palabras.

En este momento, el adolescente dominicano (13,14 ó 15 años: inquietud y búsqueda, desazón interior y exterior, hogar irregular en muchos casos, mal desayuno, peor almuerzo, fuertes presiones ambientales que lo im-

pulsan a tratar de encontrar soluciones que nadie ni nada en el país parecen poder darle) llega a un "Liceo secundario".

Allí le espera, en contraposición absoluta con los objetivos previstos para este ciclo por todos los educadores sensatos, un compendio de asignaturas inertes, cuatro años de encierro en aulas mal ventiladas y peor equipadas, un intento de sometimiento absoluto a leyes y criterios periclitados, y una total inadecuación a la realidad ambiental y social dominicana, además de profesores en su mayoría sin titular, de libros de texto horrendos y de programas enciclopédicos y anti-pedagógicos.

En nuestros Liceos secundarios no existe el intento de una sólo clasificación científica del alumnado, una sólo elemental aplicación de los principios de la educación diferenciada: hacinados los estudiantes en clases heterogéneas, se hacen las mismas exigencias de rendimiento a 60 ó 70 cabecitas con "sigmas" positivas o negativas que nadie conoce ni atiende. Las mismas tareas, el mismo ritmo mecánico se imponen en esa clase donde sólo el azar reúne más de medio centenar de vidas jóvenes a los que la rutina y el conformismo tratan de transformar en corderos de un mismo rebaño, obedientes al injusto orden escolar y social imperante.

En nuestra escuela secundaria, el joven dominicano no logra, como recomienda la moderna Pedagogía, orientarse en su formación intelectual, ni en la adquisición de la capacidad de crítica y de estudio y de expresión original, ni en la formación moral que lo capacite para el ejercicio de la libertad y de la responsabilidad, ni en el desarrollo de la sensibilidad estética, ni en el desenvolvimiento de su salud y de sus energías físicas, ni en el adiestramiento en el trabajo socialmente útil, ni se crea tampoco en nuestro joven, en la escuela media, una definida conciencia de su función social.

Al desconocer la realidad ambiental, y al no respetar la individualidad juvenil, tan compleja en este período, la escuela media dominicana, en lugar de contribuir al proceso de culturización del educando, lo desorienta, lo indigna y lo rebeldiza aún más en esa edad difícil, bullente de inquietudes y de interrogantes.

El 1.1% de alumnos que terminan el bachillerato, en relación con los que ingresan en primaria, no están en su mayoría orientados, motivados ni capacitados, ni como bachilleres, ni como ciudadanos ni como "personas humanas", desde el punto de vista sistemático.

Las faltas de ortografía cometidas por los estudiantes al llegar al Colegio Universitario, su desconocimiento de datos e informaciones fundamentales, y más aún, la ausencia de hábitos de estudio, de destrezas lectoras y de fluidez en la comunicación, avalan el fracaso de nuestra escuela secundaria: y la culpabilidad del sistema es obvia, puesto que los tests "D-48" y "Ampe" aplicados en la Universidad Autónoma de Santo Domingo, arrojaron una media de inteligencia, como ya he señalado, muy favorable para el dominicano, lo cual exime de responsabilidades al propio sujeto en cuanto a su deficiente formación.

La escuela media dominicana, está como todos sabemos, en proceso de reforma. El proyecto de cambio, de diversificación, discutido afanosamente

por distintos sectores durante los últimos meses, sigue presentando interrogantes ansiosos para los que sabemos que la educación es un proceso social, que está absolutamente condicionado por la estructura socioeconómica vigente.

De ahí, que consideremos que la integración prevista de la intermedia con la secundaria sería conveniente, para el joven dominicano en la medida que se realice efectivamente, tanto en el aspecto material como en la coordinación de objetivos, de métodos y de programas; aunque, en verdad, tal vez sería más útil prolongar nuestra escolaridad primaria, y hacerla funcionalmente obligatoria, es decir, factible de ser realizada por los más.

La "diversificación" que contemplan los nuevos planes será conveniente, en la medida que se adecuen las áreas técnicas a las posibilidades del mercado de trabajo en la República Dominicana; y en tanto se capacitan orientadores aptos para guiar a los estudiantes por los meandros de dicha diversificación, teniendo en cuenta las exigencias del medio y las posibilidades y aptitudes individuales.

El cambio de planes y programas será conveniente, en la medida en que se realice una capacitación *masiva* del magisterio, y esto sería posible sólo en la medida en que se aliente a ese magisterio a profesionalizarse, a través de la puesta en marcha del Estatuto y el Escalafón magisterial.

La transformación de la escuela media será posible, en suma, cuando el presupuesto educativo, en lugar de contar sólo con un 3.5% del producto bruto interno para la educación general, y un 0.5% para la educación media, ascienda a disponer de 30% del presupuesto nacional, tal como lo ha recomendado Unesco en sus más importantes seminarios.

Todo ello, claro es, consecencialmente a la transformación premiosa de las estructuras actuales, las cuales coartan, aherrajan e impiden la mutación de nuestro inadecuado sistema educativo.

Producto de esa escuela media indigesta y discordante, un desmedrado 0.8% de nuestros escolares ya bachilleres llegan a matricularse en la Universidad.

Aunque el Sr. Presidente ha afirmado en recientes ocasiones que el número de estudiantes y egresados universitarios es excesivo, este 0.8%, frente a los casi cuatro millones de habitantes de la República, nos dice lo contrario; también desmienten al Sr. Presidente, los estudios hechos al respecto por el sociólogo Dr. Frank Marino Hernández y los elevados índices de mortalidad infantil sobre todo rural, que claman por lo menos por más médicos graduados.

Alrededor de 15 mil jóvenes cursan estudios en las tres Universidades del país. Aunque este número fuere aún mayor, la confluencia a la enseñanza universitaria es fácilmente comprensible, puesto que en nuestro país no existen, como sería imprescindible, institutos técnicos a nivel superior hacia los cuales puedan encaminarse nuestros jóvenes.

Bachilleres pseudoacadémicos, sin habilidades ni destrezas adquiridas para el trabajo, sin escuelas técnicas a su disposición, sin haber recibido orien-

tación vocacional ni personal correctas, habiéndose formado o deformado en el marco de una concepción individualista que los prepara sólo para ser competidores agresivos en lugar de compañeros y cooperadores de sus conciudadanos, ¿a donde irían, qué pueden aspirar a hacer los jóvenes dominicanos, si no es fijar su meta en la universidad?

Esos jóvenes que llegan son, en su mayoría, provenientes de familias de pequeña clase media, algunos hijos de campesinos, muchos de los cursos nocturnos son empleados asalariados: egresados de los liceos que funcionan en todo el país, componen un mosaico heterogéneo en cuanto a preparación previa y a formación general.

Sin embargo una nota aparece como denominador común en ese grupo generacional que llega a las puertas de las universidades: la rebeldía frente al estado de cosas predominante, una rebeldía que a veces les atropella el estudio en su pujante afán por encontrar salida a su situación personal y a los conflictos nacionales.

Esta rebeldía, que comúnmente se considera como signo de los tiempos, son causas más que justas para el grito, la demanda y la ira de la juventud, a causa de nuestra característica paidocenosis, una matiz distinto, por ejemplo, a la que se presenta en algunos países desarrollados.

En estos, la rebeldía de los jóvenes puede ser algo "snobista" y sin causa, producto más de un deseo de sensaciones nuevas que de verdaderas motivaciones sociales.

En nuestro país, en esta media isla de azúcar y de angustia donde nuestro destino telúrico nos ha anclado, nuestros jóvenes son rebeldes *con causa*. El contraste de riquezas y miseria, las patentes desigualdades de oportunidades, la penetración económica y cultural que pretende mantenernos en un colonialismo insoportable, el reparto injusto de la tierra que ha hecho pronunciarse con acento vibrante a la iglesia católica dominicana en los últimos tiempos, son causas más que justas para el grito, la demanda y la ira de la juventud dominicana.

Y es de esa rebeldía, de la justeza de esa rebeldía, que las universidades del país debemos partir al encuentro de nuestra misión con respecto a la juventud nacional, para ofrecerle, además de la oportunidad de una profesionalización seria, de la adquisición de una cultura superior y de la preparación en la investigación científica en las distintas áreas, la formación de una conciencia social que no le dieron sus Liceos Secundarios, y que sin embargo, bulle en nuestros jóvenes, ardiente, desorientada y aleteando, esperando que seamos nosotros los profesores quienes les otorguemos los instrumentos y los derechos para hacer todo lo que nosotros no supimos ser o no pudimos hacer por el país.

Si los jóvenes dominicanos son inteligentes, son honestos y tienen inquietudes de superación y anhelos del justo cambio; si las estadísticas demuestran que son las recias estructuras educativas y sociales las que no permiten a esos muchachos nuestros capacitarse para ser útiles a la sociedad; si nosotros, los educadores, sociólogos y psicólogos queremos merecer el respeto de nuestra juventud expectante, todos debemos contribuir al cambio.

Jóvenes inquietos y pobres, jóvenes rebeldes con causa, jóvenes que quieren estudiar y no saben cómo ni tienen bibliotecas ni materiales a su alcance; jóvenes con inteligencias elevadas, con cultura parva por la escuela deficiente y la falta de estímulos ambientales; jóvenes generosos e impulsivos, entusiastas y valientes, a quienes yo he visto afrontar el peligro con una sonrisa estupenda de desafío en sus caras; jóvenes de mi país, exigiendo que el Estado cumpla con ellos el compromiso inapelable de proporcionarles educación, pan y trabajo; jóvenes dominicanos del campo y de los barrios marginados, analfabetos o universitarios, verdes, blancas, amarillas o rojas sus banderas de esperanza, aguardan agitados que exista una respuesta para sus justos reclamos.

Cumplamos con ellos plenamente nuestra función hodegética: asumamos la responsabilidad y el privilegio de comprenderlos, de orientarlos y de amarlos.

Que para el joven dominicano, parafraseando la frase de Sarmiento, "todo el país sea una escuela" donde la educación pueda ser patrimonio de esta generación de hoy que fabricará potentemente la patria renovada del mañana. Así sea.

HOMBRE DE EMPRESA

NO BUSQUES EN EL EXTRANJERO EL TECNICO
QUE ESTA EN TU PAIS

EL INSTITUTO POLITECNICO LOYOLA
EN SAN CRISTOBAL

CAPACITA CADA AÑO MAS DE 40 JOVENES DOMINICANOS
EN MECANICA GENERAL, MOTORES DIESEL, RADIO Y TV,
SOLDADURA Y AGRONOMIA

UN PERITO DEL LOYOLA ESTA A LA ALTURA DE LOS ME-
JORES DEL EXTRANJERO

VISITE NUESTRAS INSTALACIONES

HAGA UNA VISITA AL POLITECNICO Y PODRA COMPRO-
BARLO

Dep. Relaciones Públicas
